

» tras fiestas, en nutrir nuestro espíritu con el pan de la divina palabra, que nuestro cuerpo con alimentos corporales; y que nuestras fiestas son establecidas para inspirar una santa alegría al alma, y no para suministrar al cuerpo lo que pueda satisfacer su sensualidad.»

Si los cristianos de nuestros días conocieran el espíritu de la Religión santa que tienen la dicha de profesar, y tuvieran un deseo verdadero de santificarse, no nos veríamos obligados á exhortarlos, y muchas veces inútilmente, á que frecuenten los sacramentos los días de nuestras mayores solemnidades: ellos mismos se darían bastante prisa para acudir á esas fuentes abundantes de la gracia. Pero ¡cuántos pecadores endurecidos, cuántos cristianos desidiaos, que viven tranquilos en una indiferencia criminal tocante á la recepción de los sacramentos! ¡Otros que tal vez no los reciben sino á la hora de la muerte! ¡Y cuántos se hallan en este siglo de irreligión y de blasfemia, que los desprecian y no hacen ningún caso de ellos! ¿Acaso no hemos llegado á aquellos días desgraciados, predichos en otro tiempo por el Apóstol, en que no se puede sostener ya la sana doctrina (II Tim. iv, 3 et seq.): *Erit tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt?* ¿á aquellos días, en que cada uno, corriendo á discreción de sus pasiones y de sus deseos, no quiere sino maestros agradables que halaguen sus oídos, *ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus?* ¿á aquellos días, en que se cierran los oídos á la verdad, *à veritate quidem auditum avertent?* ¿en que no se quiere mas que fábulas para dar pábulo á la imaginación, al espíritu, al corazón, *ad fabulas autem convertentur?*

¡Ah! ¡qué dolor para nosotros, cuando á costa de nuestros trabajos y de las fatigas de nuestro ministerio vemos que no sacáis ningún fruto de nuestras exhortaciones! ¡Qué amargura para nosotros, cuando observamos en vosotros espíritus indiferentes, que la vista de las verdades mas importantes no es capaz de fijar, que todo lo entienden sin entender nada! Sería preciso que un profeta os advirtiese de vuestra sordera (Is. XLII, 18): *Surdi audite.* Sería preciso, que hablándoos como á muertos, se os dirigiesen estas palabras de Ezequiel (*Ezech. xxxvii, 4*): Huesos secos, oid la palabra de Dios: *Ossa arida, audite verbum Domini.* Plegue á Dios, hermanos míos, que no seáis de este número, ó si lo sois, que salgáis hoy mismo de ese letargo funesto. Interesad en vuestra conversión al protector que tenéis en el cielo, y celebrad su fiesta de una manera que os

merezca este favor. A este fin recibid los sacramentos en honor suyo con las mas perfectas disposiciones: preparaos á ello con una verdadera conversión, una sólida mudanza, y una viva detestación de vuestros pecados. No profaneis esa solemnidad con excesos y diversiones criminales. Aplicaos por el contrario á obras de piedad y de caridad. Asistid con edificación á los divinos oficios, y no olvideis de renovar en la presencia del Señor las promesas de vuestro bautismo: porque si las cumplís exactamente, mereceréis despues de la muerte disfrutar de la gloria de vuestro santo Patrono, y ser coronados con él en la eternidad. AMEN.

## PLÁTICA XXI.

### PROCESIONES.

*Congregavit universum Israel in Jerusalem, ut afferretur arca Dei in locum suum quem preparaverat ei.*

David congregó á todo Israel en Jerusalem, para trasladar el arca de Dios al lugar propio que le tenía preparado.

(I Paralip. xv, 3.)

Fué un espectáculo bien grande y magnífico, hermanos míos, el arca de la alianza, cuando despues de haber derribado al ídolo de Dagon, derrotado el ejército de los Filisteos, fué llevada como en triunfo desde el tabernáculo de Silo hasta el que hizo levantar en Jerusalem el mas piadoso de todos los monarcas. Todo Israel aplaudió esta pomposa ceremonia con cánticos de alegría; y el mismo santo rey pareció hallarse en transportes que solo la piedad puede adecuar á la majestad del trono.

Esta marcha triunfante se había repetido mas de una vez desde el desierto hasta el Jordan, y desde el paso de este rio hasta diversos parajes de la Palestina. Antes de la conquista de esta tierra delicio-

sa, los hebreos no mudaban de puesto sus tiendas sin tener á la cabeza de estas el arca del Testamento; y ejerciendo las funciones de su ministerio en redor de ella los sacerdotes y los levitas, cada tribu marchaba bajo su estandarte. Hállase en eso una figura bien natural del piadoso concurso de los cristianos que van en procesion de una iglesia á otra, bajo la direccion de su pastor, yendo delante de ellos la cruz y los pendones. Esta ceremonia, á quien muchas veces se asiste sin comprender su misterio, merece bien que nos detengamos á hablar de ella. Las procesiones son tan frecuentes que no conviene pasarlas en silencio.

La palabra *procesion* viene de un verbo latino que significa *ir*, y se entiende por esto una marcha en que el pueblo y el clero rezan ó cantan oraciones por algun motivo religioso, teniendo la cruz á la vista, como en la Iglesia.

Algunos autores han hecho derivar las procesiones de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem, en medio de gritos de gozo y cánticos de alegría. Las palabras de mi texto nos han hecho notar un origen mucho mas antiguo de las procesiones en la marcha de los hebreos en pos del Arca: la del mismo pueblo al redor de los muros de Jericó era igualmente una verdadera procesion. Dióse vuelta á las murallas de esta ciudad durante siete dias, estando el Arca en el centro con los ministros sagrados: la precedia y seguia todo el pueblo, andando cada uno con paso grave y con un profundo silencio. Burláronse de ellos los sitiados desde lo alto de sus murallas; pero bien pronto mudaron de tono á la salida de ese extraña procesion, cuando se vieron caer las fortificaciones de la ciudad al son de las trompetas; entregando el Dios de los ejércitos los Cananeos á los hijos de Israel, como la leona da á sus cachorros un cordero que ha arrebatado sin la menor resistencia.

Eran raras las procesiones en la primitiva Iglesia á causa de las persecuciones. El culto exterior no era entonces bastante libre para esa brillante ceremonia. Sin embargo no fueron del todo ignoradas en aquellos tiempos borrascosos. Tertuliano nos da de ello pruebas incontestables. 1.º Queriendo este Padre confundir á los herejes que reproban nuestras ceremonias, les hace notar la gravedad edificante que las acompañaba, á esas *procesiones modestas* en que la Iglesia, reunida en cuerpo, tributa á Dios los deberes de su piedad (lib. de

Præsc. adv. hæres. pág. 58). 2.º Tertuliano, para hacer conocer á una mujer cristiana los obstáculos que habia de encontrar en la alianza con un infiel con el cual queria casarse, le representa por menor las dificultades que tendrá que vencer en los ejercicios de su religion, y le advierte, entre otras cosas, que nunca estará tan ocupada en su familia, como cuando deberá ir á la procesion. (Lib. II ad uxor. pág. 429).

Las procesiones mas notables de la primitiva Iglesia se hicieron con motivo de la traslacion de las reliquias de los santos. Las del santo mártir Babylas fueron llevadas solemnemente por las calles de Antioquia (*Theod. hist. lib. III. cap. 40.*) Hubo con tal motivo una procesion magnífica, bajo el imperio de Juliano (*Chrys. Hom. LIX, ad pop. Antioch*) en aquella capital de la Siria, á la sazón una de las ciudades mas populosas de todo el Oriente. Cuenta san Ambrosio á su hermana Marcelina, que habiendo descubierto los cuerpos de los santos mártires Gervasio y Protasio, por una revelacion milagrosa, los trasladó á su nueva basilica, acompañado de todo su clero, y haciendo andar al redor de la urna los enfermos curados, los energúmenos librados por la intercesion de los dos santos, y un tal Severo, á quien el contacto de las reliquias habia restituido la vista.

El santo obispo de Hipona nos dice (*De civit. Dei, lib. xxii, cap. 8*) que él iba en persona á la procesion: *Vienen á encontrarme, dice, cuando estaba preparado para ir á la procesion.* Tambien hace ver en otro lugar que la caja ó urna de las reliquias deben llevarla en las procesiones obispos ó sacerdotes. El emperador Justiniano estableció la pena de muerte contra los que perturbaban el divino ministerio y las procesiones; y prohibe que se recen las letanias ú oraciones públicas si el obispo ó el clero no está presente: quiere tambien que el signo de la cruz sea llevado en ellas con reverencia, y colocado en un lugar honroso (*Authent. cxxiii, cap. 31, ibid. cap. 32*).

Son varias las razones que han dado lugar á las procesiones. 1.º Cuando se hallaban reliquias de los santos mártires en algun lugar donde habian sido escondidas durante la persecucion, se las traia como en triunfo á la iglesia, cantando salmos y cánticos. Lo mismo se practicaba, cuando alguna razon aconsejaba la traslacion de las reliquias de un lugar á otro. 2.º Cuando el obispo oficiaba, todos los sacerdotes que debian asistirle y todo el clero iban á buscarle en su casa, y lo conducian en procesion á la iglesia, cantando

salmos. 3.º En las necesidades públicas se hacian rogativas extraordinarias, ibase en romería á rogar en los sepulcros de los santos mártires, y en otros lugares donde Dios habia dado señales de su proteccion y de su poder: ibase á ellos en procesion cantando salmos, y lo mismo se practicaba á la vuelta. Esas procesiones se llamaban *Letantias*, es decir, *súplicas*, y este es el nombre que se da aun hoy dia á las procesiones: de ahí viene tambien el nombre de *Letanias de los santos*, que se da á la oracion que desde tiempo antiguo se canta en las procesiones. 4.º Cuando un obispo ó un príncipe llegaba por la primera vez á una ciudad se salia á recibirle con la cruz, y se le conducia por honor procesionalmente hasta la iglesia, con cánticos de alegría.

Debemos mirar todas las procesiones en general como una especie de triunfo, en que acompañamos al Señor ó á su imagen, cuando derrama sus bendiciones en los lugares que se encuentran á su paso, y que se digna honrar con su visita. Las ceremonias de la Religion, en efecto, son otros tantos misterios que nos recuerdan verdades instructivas. La que acostumbra hacerse el domingo antes de la Misa, nos muestra la exactitud con que debemos seguir los mandamientos de nuestro divino Jefe. Se nos invita, siguiéndole en la procesion, á seguirle igualmente en toda nuestra conducta; porque es nuestro guia, que no podemos abandonar sin extraviarnos.

Antes de hablar del modo de asistir á las procesiones, no debe pasarse en silencio la indiferencia que un gran número de cristianos de nuestros dias muestran por estas santas prácticas. Unos miran con desprecio la piedad de los que asisten á las procesiones: un tal desprecio recae sobre la Iglesia que reúne á sus fieles, y sobre la persona del mismo Jesucristo, su divino jefe. Otros no se atreverian á mezclarse con la multitud, teniendo á menos el confundirse con el pueblo, en la mas augusta de todas las ceremonias: así, rehusando glorificar al Señor delante de los hombres, merecen que un dia no los reconozca en presencia del Padre celestial. Otros, en fin, satisfacen su curiosidad, sin dar nada á la devocion: estos no quieren mortificarse en una marcha que parece penosa para su delicadeza. Teman, pues, todos estos verse excluidos de aquella procesion solemne que harán los escogidos al fin del mundo desde la tierra hasta el cielo, marchando al frente de ellos el divino Salvador.

Pero no es bastante el asistir con la mayor puntualidad á esas piadosas ceremonias, es preciso tambien: 4.º entrar en el espíritu de cada procesion; acordarse que Dios quiere ser adorado en espí-

ritu y en verdad, y que el atenerse á la letra y al exterior de las ceremonias de la Religion, sin penetrar su espíritu, es obrar como judío y no como cristiano. 2.º Andar con mucho orden y modestia, sin precipitacion, cada uno en su fila: las mujeres deben estar separadas de los hombres. Conviene que la marcha sea grave y sin confusion, debiendo desterrarse de ella las risas y las conversaciones. San Bernardo (*Bern. serm. 2 in Purif. de Ord. proc. n. 2*) mira como un crimen el saludar á los que se encuentran. Solo Dios, durante este ejercicio religioso, debe ocupar nuestros pensamientos, y el recogimiento debe ser tan grande, que ni aun debe mirarse á un lado y á otro. 3.º Seguir la procesion hasta el fin. 4.º Unirse á las oraciones de la Iglesia durante la procesion, cantar ó rezar esas mismas oraciones, y si no se saben, unirse á ellas de corazon, y rogar solo é interiormente.

Las cruces y los pendones de los santos que se ven á la cabeza de las procesiones, son para los verdaderos fieles un gran motivo de gozo. Bajo esos gloriosos estandartes, forman un pequeño cuerpo de ejército que es formidable al demonio, y que adquiere en algun modo un derecho á las gracias de Dios, si se conducen en él como conviene á la milicia de Jesucristo.

Finalmente, las procesiones deben hacernos pensar que somos viajeros en la tierra; que el cielo es nuestra patria; que tenemos necesidad de Jesucristo para aspirar y llegar á ella: él es el camino, la verdad y la vida; el camino por donde se va, la verdad á la cual nos dirigimos, y la vida que nos hará vivir eternamente. AMEN.

FÍN DE LAS PLÁTICAS CATEQUÍSTICAS.